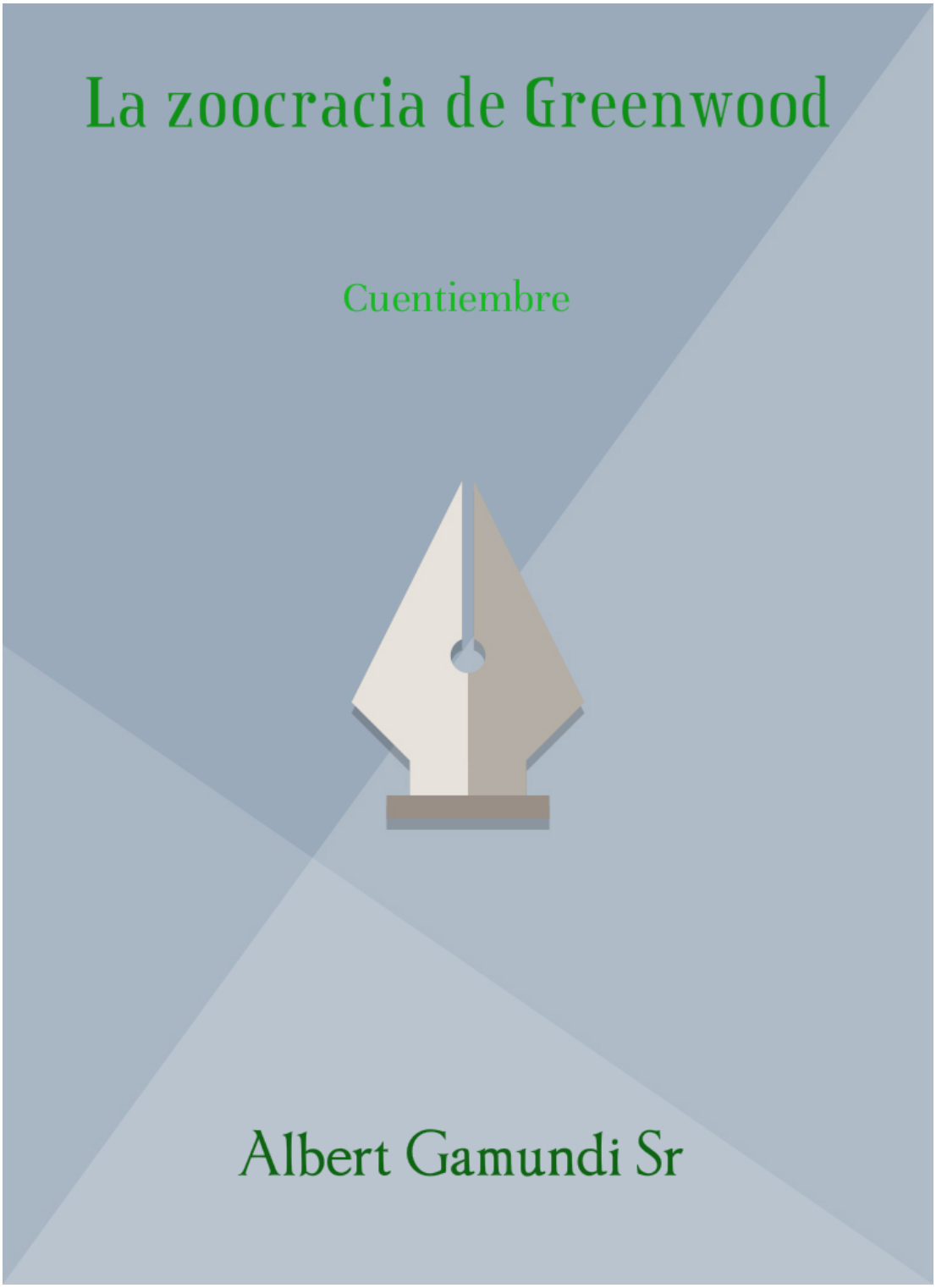
Cuentiembre. La zoocracia de Greenwood

Albert Gamundi Sr



Capítulo 1

#Cuentiembre

#AlbertGamundisr

XXV relato

La zoocracia de Greenwood

El búho mayor se posó sobre la rama mayor del árbol parlamentario. Alineados en otras ramas se encontraban otros búhos y lechuzas elegidos democráticamente. Era el pleno del gobierno nocturno, este carraspeó un poco y habló. - Los ratones y las ratas empiezan a escasear, tendremos que racionar nuestra comida o una parte de nuestra población se verá obligada a emigrar-. Anunció el portavoz del búho mayo. - El problema es que las águilas se comen durante el día la mayoría de las presas y es también durante la vigía que los cazadores usan comadrejas para capturar serpientes y perros para cazar conejos-. Replicó el búho mayor. - Exijo al presidente que que encuentre una solución a este problema de la cadena trófica-. Replicó el búho líder de la oposición. - Yo exijo al búho opositor que deje de exigir tanto y aporte soluciones-. Respondió irritado el búho mayor. - Callad de una maldita vez, lechuzas-. Se abalanzó sobre una un gato salvaje, entonces todas las aves se abalanzaron a atacar al gato, lo picotearon y salieron volando.

En un agujero cerca del árbol parlamentario se encontraba la madriguera de las ratas. Su líder era una rata gris con un feo rostro. - Debemos de escapar de este bosque, somos atacadas sistemáticamente por los búhos y durante el día debemos resguardarnos de algunas de las serpientes-. Se quejó una rata plebeya que ejercía la función de recolectora de pequeños frutos. - Nuestro líder no es lo suficientemente fuerte como para defendernos de tales agresores, propongo una moción de censura-. Se quejó otra rata con indignación. - Si no comierais tanto a lo largo del día tal vez los recursos del bosque no se terminarían con tanta celeridad-. Replicó otra rata más rellena. - Pues yo me largo, este bosque se ha vuelto demasiado pequeño para todos-.Advirtió una rata antes de salir por el agujero a la luz de la luna. - El animal sacó el hocico al frío de la noche y escarbó con sus patas para acabar de salir, no tardó en recorrer unos metros para que una lechuza lo alcanzase y se llenara el estómago después del fallido pleno.

Bajando de sus escondites entre las maquias trotaron media docena de jabalís hambrientos. Había llovido recientemente, por lo que estos animales corrían a buscar hongos bajo el liderazgo del patriarca. Removían la tierra con las patas y el hocico, arrancaban las raíces más endebles del árbol parlamentario, se comían los brotes de las cosechas de

la finca del cazador mientras dormía, engullían hongos por doquier y limpiaban el terreno de cualquier bellota extraviada por las ardillas. Se cruzaron con un explorador extraviado, lo embistieron y derribaron en su huida hacia la oscuridad. Eran una especie de invasores perseguidos por encima de todas las otras especies. Odiados por el resto de animales, eran como gigantes imparables en su marcha a cuatro patas.

En esos instantes las ardillas corrían por los árboles en busca de búhos pequeños, era peligroso bajar a la tierra, donde jabalís y serpientes recorrían el terreno en busca de un bocado. Independientes como eran las ardillas, solo se organizaban en grupos de tres individuos como mucho. Su método era asambleario, tomando una decisión conjunta entre tres ardillas afines.

Por último llegaron los lobos, dispuestos a repartirse las presas y el botín. Su líder era quien repartía equitativamente las presas, siendo juez y asegurando que nadie tomase más de lo que le pertenecía. Era conocido como el macho Alfa y sus decisiones eran ley. Aún así, dentro de los lobos había algún cánido descarriado que actuaba en solitario fuera de la manda, aquél no aceptaba las reglas del grupo y buscaba su suerte en solitario.

Una vez salía el alba la política del bosque se invertía. En el cielo reinaban los halcones, siempre dispuestos a cazar a cualquier presa pequeña y fácil de agarrar. Los perros asilvestrados perseguían conejos para tener un bocado que llevarse a sus fauces. Pero por encima de todos ellos, el animal dominante era singular, ése era el humano, el cazador que vivía en la cabaña.

El cazador podía ser cruel había dominado a la comadreja, también había domesticado al perro silvestre, amaestrado al halcón y superado el temor a la serpiente y al jabalí. El humano era el dictador que provocaba que el ratón y el lobo le huyeran, incluso podía hacer frente al oso cuando despierta de su letargo con la cálida y viva primavera. El hombre era el demonio, la figura del poder concentrado en un solo ente.

Y estos son algunos de los sistemas políticos que rigen el mundo si de animales se tratase. Pero ¿Qué es el hombre sino un animal que para bien o para mal se ha consolidado por encima de los demás? A pesar de ser un dictador o un tirano por encima del resto de la cadena, e incluso por encima de los de su especie, todo dictador puede ser derrocado por la muerte.

Con estas últimas palabras escribió la paloma de la paz como era el equilibrio en el peculiar bosque de Greenwood. El hombre llegó a determinar tanto la naturaleza que los mismos animales imitaron sus sistemas políticos. Los tiempos habían cambiado y no era la fauna quien determinaba al hombre como lo fue en los tiempos en que ellos eran

monos, sino que fueron esos monos evolucionados los que cambiaron el comportamiento de todo un bosque.

29/11/2015

Vigésimo quinto relato